LIBRO dot.com

DOS CUENTOS

DE

SAKI

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

La reticencia de Lady Anne

Saki

Egbert entró en la amplia sala oscura con el aire de quien no sabe si entra a un palomar o a un polvorín y viene preparado para ambas contingencias. No habían rematado la pequeña disputa doméstica sostenida durante el almuerzo, y ahora la cuestión era tantear hasta qué punto lady Anne estaba de humor para renovar o abandonar las hostilidades. Su postura en el sillón junto a la mesa de té era más bien elaborada y tiesa; y en la penumbra de la tarde decembrina los Quevedos de Egbert no ayudaban gran cosa a discernir la expresión de su cara.

Para romper el hielo superficial que pudiera existir, Egbert dijo algo sobre lo tenue y místico de la poca luz. Alguno de los dos solía hacer esta observación entre las 4:30 y las 6 en las tardes de invierno y finales de otoño; hacía parte de su vida conyugal. Carecía de respuesta fija, y lady Anne no adelantó ninguna.

Don Tarquinio se encontraba tendido sobre la alfombra persa, calentándose a la lumbre del hogar con majestuosa indiferencia por el posible mal humor de lady Anne. Su pedigree era tan intachablemente persa como la alfombra, y su pelaje entraba ya en el esplendor de un segundo invierno. El criado, que tenía inclinaciones renacentistas, lo había bautizado Don Tarquinio. De ser por ellos, Egbert y lady Anne de seguro le habrían puesto Pelusa; pero no eran personas obstinadas.

Egbert se sirvió el té. Como nada indicaba que el silencio fuera a ser roto por iniciativa de lady Anne, se dispuso a realizar otro esfuerzo heroico.

– Lo que dije al almuerzo tenía intenciones puramente académicas – anunció – ; pero parece que le das un sentido innecesariamente personal.

Lady Anne continuó atrincherada en el silencio. El pinzón real llenó aquel vacío con una perezosa melodía de Iphigénie en Tauride. Egbert la reconoció al punto, puesto que era la única tonada que el pinzón sabía silbar, y les había llegado con fama de silbarla. Tanto Egbert como lady Anne habrían preferido algo salido de The Yeoman of the Guard, la ópera favorita de ambos. En cuestiones artísticas tenían gustos similares. Se inclinaban por lo honesto y explícito en el arte: una lámina, por ejemplo, que pusiera una historia delante de los ojos, con la ayuda generosa del título. Un corcel de guerra sin jinete y con los arreos en patente desorden, que entra trastabillando a un patio lleno de pálidas mujeres al borde del desmayo, y con la anotación marginal de "Malas Nuevas", les sugería la clara lectura de algún desastre militar. No les costaba ver lo que quería comunicar y podían explicarlo a otros amigos de inteligencias más obtusas.

Persistía el silencio. Por regla general, los disgustos de lady Anne se volvían verbales y pronunciadamente desbocados tras cinco minutos de mutismo introductorio. Egbert tomó la jarra de leche y vertió parte de su contenido en el platillo de Don Tarquinio. Como el platillo estaba lleno hasta el borde, el resultado fue un feo derrame. Don Tarquinio lo miró con sorprendido interés, que se desvaneció en una esmerada indiferencia cuando Egbert lo llamó a que lamiera algo del líquido rebosado. Don Tarquinio estaba dispuesto a desempeñar muchos papeles en la vida, pero el de aspiradora de alfombras no era uno de ellos.

– ¿No crees que nos estamos comportando como un par de tontos? – dijo él de buen humor.

Si lady Anne pensaba igual, no lo expresó.

– Supongo que yo en parte he tenido la culpa – prosiguió Egbert, mientras se le iba evaporando el buen humor –. Mira, después de todo soy humano. Pareces olvidar que soy un ser humano.

Insistía en ello como si corrieran rumores infundados de que tuviese contextura de sátiro, con prolongaciones cabrunas donde la parte humana terminaba.

El pinzón volvió a entonar la melodía de Iphigénie en Tauride. Egbert se iba sintiendo deprimido. Lady Anne no bebía su té. Tal vez se sentía indispuesta. Pero cuando lady Anne se sentía indispuesta no solía ser reservada al respecto. "Nadie sabe lo que me hace sufrir la mala digestión" era una de sus afirmaciones favoritas. Ahora bien, esta ignorancia sólo podía deberse a oídos defectuosos: la información disponible sobre el tema habría suministrado material suficiente para una monografía.

Era evidente que lady Anne no se sentía indispuesta.

Egbert empezaba a creer que recibía un trato irracional; y, naturalmente, comenzó a hacer concesiones.

– Tal vez – observó, centrándose en la alfombra hasta donde se dignó permitirle Don Tarquinio – toda la culpa ha sido mía. Estoy dispuesto a emprender una vida mejor, si con eso las cosas recuperan las buenas perspectivas.

Se preguntó vagamente cómo podría lograrlo. Ya entrado en años, las tentaciones le llegaban de modo vacilante y sin mucha insistencia, como un recadero de la carnicería que pide un aguinaldo en febrero con la débil excusa de que olvidaron dárselo en diciembre. No tenía más planes de sucumbir a ellas que de comprar las boas de piel y los cubiertos de pescado que algunas damas se ven forzadas a ofrecer con pérdida, mediante el expediente de las columnas de avisos, durante el año entero. Con todo, había algo impresionante en aquella espontánea renuncia a posibles monstruosidades soterradas.

Lady Anne no dio señas de estar impresionada.

Egbert la miró con inquietud a través de los espejuelos. Llevar la peor parte en una discusión con ella no era nada nuevo. Llevar la peor parte en un monólogo era una humillante novedad.

– Voy a cambiarme para la cena – anunció, con voz a la que pretendió dar una sombra de dureza.

En la puerta, un ataque postrero de debilidad lo impulsó a hacer un nuevo intento.

– ¿No estamos siendo muy absurdos?

"¡Qué idiota!", fue el comentario mental de Don Tarquinio cuando la puerta se cerró tras la retirada de Egbert; y luego alzó en el aire las aterciopeladas zarpas delanteras y saltó ágilmente a una estantería que estaba justo bajo la jaula del pinzón. Por vez primera parecía notar la existencia del pájaro, pero en realidad llevaba a efecto un viejo plan de ataque, madurado hasta la precisión. El ave, que se había creído una especie de déspota, se comprimió de súbito a un tercio de su porte normal; y echó a batir las alas desesperadamente y a emitir chirridos estridentes. Aunque había costado veintisiete chelines sin la jaula, lady Anne no dio señal de intervenir. Llevaba ya dos horas muerta.

****

La inocencia de Reginald

Reginald deslizó un clavel del color de moda en el ojal de su vestido nuevo y examinó el resultado con aprobación.

Estoy de ánimo perfecto se dijo, para que alguien con un futuro inconfundible me haga un retrato. Qué tan reconfortante sería quedar para la posteridad como 'Joven con Clavel Rosado' en el catálogo, acompañado de 'Niño con un Montón de Primaveras' y todos los otros.

La juventud dijo el Otro, debe sugerir inocencia.

Pero nunca seguir esa sugerencia. Ni siquiera creo que ambas cosas vayan de la mano. La gente habla mucho sobre la inocencia de los niños, pero no los pierde de vista por más de veinte minutos. Si vigilas la leche, no hierve y se derrama. Una vez conocí a un muchacho que era de veras inocente; sus padres eran gente de sociedad, pero... nunca, desde pequeño, le produjeron la más mínima ansiedad. Creía en los balances de las compañías, en la transparencia de las elecciones y en las mujeres que se casan por amor, incluso en un sistema para ganar en la ruleta. Nunca perdió la fe, pero despilfarró más de lo que sus jefes podían darse el lujo de perder. La última vez que oí de él, estaba seguro de su inocencia... a diferencia del jurado. De todos modos, yo sí soy inocente de lo que todo el mundo me está acusando ahora, y por lo que puedo ver, sus acusaciones permanecerán infundadas.

Una actitud inesperada de tu parte.

A mí me encanta la gente que hace cosas inesperadas. ¿No te ha encantado siempre el tipo que va y mata un león en el foso cuando está aburrido? Pero sigamos con esta inocencia desafortunada. Hace tiempo, cuando estuve peleando con más gente de la que acostumbro, tú

entre ellos (debió haber sido en noviembre, porque nunca peleo contigo muy cerca de Navidad) tuve la idea de que me gustaría escribir un libro. Iba a ser un libro de reminiscencias personales, sin dejar nada de lado.

¡Reginald!

Eso fue exactamente lo que dijo la duquesa cuando se lo mencioné. Como yo andaba en plan de provocar, me quedé callado; lo siguiente que la gente oyó de mí fue, por supuesto, que había escrito el libro y lo había publicado. Después, mi privacidad no fue superior a la de un pez ornamental. La gente me atacaba en los lugares más inesperados. Me rogaban o me ordenaban que quitara cosas que ya se me había olvidado que habían sucedido. Una vez estaba sentado detrás de Miriam Klopstock en un palco del teatro Real, cuando empezó con lo del incidente del perro chau-chau en el baño, lo cual, insistió, tenía que quedar por fuera. Sostuvimos una discusión intermitente, pues algunas personas querían escuchar la obra y Miriam es campeona de gritos. Le tuvieron que impedir que siguiera jugando en el club de hockey de las "Guacamayas" porque en un día tranquilo se podía escuchar a más de media milla lo que pasaba por su cabeza cuando le daban un golpe en la espinilla. Les dicen las guacamayas por sus vestimentas azul con amarillo, pero tengo entendido que el lenguaje de Miriam era aún más colorido. Sólo admití hacer un cambio, decir que había sido un spitz y no un chau-chau, de resto me mantuve firme. Dos minutos después se dirigió a mí con su voz de megáfono: 'Me prometiste que no lo mencionarías: ¿Nunca mantienes tus promesas?' Cuando la gente dejó de mirarnos le dije que yo en vez de promesas preferiría mantener ratones blancos. La vi rasgar la hoja del programa unos minutos, antes de que se recostara hacia atrás y resoplara: 'No eres el muchacho que creía', como si fuera un águila que hubiera llegado al Olimpo con el Ganímedes equivocado. Ese fue su último comentario audible, pues siguió rompiendo el programa y tirando los pedacitos alrededor hasta que la vecina le preguntó, con la dignidad del caso, si era necesario que le mandara a traer una papelera. No me quedé hasta el último acto.

También está el asunto de la señora... siempre se me olvida su nombre; vive en una calle de ésas que los cocheros nunca han oído mencionar, y recibe los miércoles. Una vez me asustó terriblemente en una exhibición privada cuando dijo: 'Yo no debería estar aquí, sabes; este es uno de mis días'. Pensé que quería decir que sufría crisis periódicas y estaba esperando un ataque en cualquier momento. Hubiera sido demasiado vergonzoso que le hubiera dado por ser César Borgia o Santa Isabel de Hungría. Una cosa así lo haría sentir a uno desagradablemente expuesto, incluso en una exhibición privada. Sin embargo, ella sólo quería decir que era miércoles, cosa incontrovertible en ese momento. Pues bien, ella anda por una ruta totalmente distinta de la Klopstock. No hace muchas visitas por ahí, así que estaba ansiosa de que yo sacara a colación un incidente que sucedió en una de las fiestas al aire libre donde los Beauwhistle, cuando dice que accidentalmente le golpeó las canillas a un Su Serenísimo tal y tal con un palo de croquet y que el tipo la insultó en alemán. De hecho, lo que ocurrió fue que él andaba pontificando en francés sobre el escándalo de los Gordon-Bennet, (nunca me acuerdo si se trata de un submarino nuevo o de un divorcio. Claro: ¡como soy tan estúpido!). Para ser desagradablemente exacto, ella no le pegó por dos pulgadas (exceso de ansiedad, posiblemente), pero le gusta pensar que sí le dio. Yo he sentido eso con una perdiz que sigue volando tan campante, me parece que por falso orgullo, hasta que pasa al otro lado de la cerca. Dijo que me podía describir hasta lo que llevaba puesto en aquella ocasión. Le dije que no quería que mi libro se leyera como si fuera una lista de lavandería, pero ella me explicó que no estaba hablando de esas cosas.

Y está lo del muchacho Chilworth, que puede ser encantador, siempre que se contente con ser un estúpido y se vista como le digan; pero a veces le da por ser epigramático y el resultado es como ver a un grajo tratando de hacer nido en un ventarrón. Como no lo incluí en el libro, me ha estado persiguiendo para que incluya una ocurrencia suya acerca de los rusos y la amenaza amarilla, y está molesto porque no lo haré.

Total, me parece que sería una inspiración bastante brillante de tu parte si me invitaras de pronto a pasar un par de semanas en París.